

FOREIGN AFFAIRS

LATINOAMÉRICA

VOLUMEN 20 • NÚMERO 3

JULIO-SEPTIEMBRE 2020

El precio de la primacía

Cita recomendada:

Wertheim, Stephen, (2020) "El precio de la primacía", *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 20: Núm. 3, pp. 137-146.

Disponible en: www.fal.itam.mx

El precio de la primacía

Por qué Estados Unidos no debería dominar el mundo

 *Stephen Wertheim*

El colapso de la Unión Soviética dejó al descubierto la bancarrota del comunismo internacional. Con el tiempo, la ausencia de un rival en la Guerra Fría también expuso la insolencia de las ambiciones mundiales de Washington. Liberado de sus mayores retos, Estados Unidos tuvo una oportunidad sin precedentes para definir la política internacional a su antojo. Podría haber escogido vivir en armonía con el mundo, retirando sus fuerzas armadas y movilizándolas solo para propósitos vitales. Podría haber ayudado a construir un mundo de paz, fortaleciendo las leyes e instituciones que inhiben la guerra y que el resto de los Estados agradecen. Desde sus fundamentos de seguridad y buena voluntad, Estados Unidos podría haber ejercido el liderazgo aun ante los nuevos retos ya visibles, como el cambio climático y la concentración ilimitada de riquezas.

En cambio, Washington hizo todo lo contrario. Adoptó una gran estrategia que privilegió las amenazas y métodos militares y se apegó a una forma de integración mundial que benefició los intereses inmediatos de unos pocos, pero puso en peligro los de largo plazo de muchos. Estas fueron, en el mejor de los casos, prioridades equivocadas. En el peor, convirtieron a Estados Unidos en un actor destructivo en el mundo. En vez de practicar y cultivar la paz, Washington buscó la dominación armada y lanzó guerras vanas en Afganistán en 2001, Irak en 2003 y Libia en 2011. Estas acciones crearon más enemigos de los que derrotaron. Mataron a cientos de miles de civiles y extenuaron a una generación de soldados estadounidenses. Dañaron las leyes e instituciones que estabilizan al mundo y a Estados Unidos. Hicieron que el pueblo estadounidense estuviera menos seguro.

Estados Unidos, al inflar las amenazas militares y luego destinar recursos a contrarrestarlas, tampoco fue capaz de proporcionar el bien común mundial. Aunque ha realizado algunos esfuerzos encomiables para enfrentar la pandemia de sida y el cambio climático, el saldo general es sombrío. Estados Unidos, pese a tener solo el 4% de la

STEPHEN WERTHEIM es Subdirector de Investigación y Política en el Quincy Institute for Responsible Statecraft e investigador en el Arnold A. Saltzman Institute of War and Peace Studies de la Columbia University. Sígalo en Twitter en @stephenwertheim.

población mundial, ha emitido desde 1990 cerca del 20% del total de dióxido de carbono del mundo, de modo que es el mayor responsable del cambio climático. Aunque China ocupa ahora el primer lugar en estas emisiones, si se calculan en términos per cápita, Estados Unidos sigue teniendo más del doble que China. Los líderes estadounidenses han alternado entre negar el problema y tomar medidas insuficientes para resolverlo. Todavía no queda claro si la humanidad puede impedir que la temperatura mundial general se eleve entre 1.5 y 2 grados Celsius por encima de los niveles preindustriales; de no hacerlo, el daño podría ser irreversible y los incendios, sequías e inundaciones van a proliferar.

Mientras tanto, el crecimiento económico que ha contribuido al cambio climático no ha beneficiado a suficientes personas. De hecho, la pobreza extrema se ha reducido drásticamente en todo el mundo desde inicios de la década de 1990. Este espectacular logro es, en esencia, resultado del crecimiento de China y la India, según unos términos que Estados Unidos acepta, pero difícilmente define. No obstante, en el mismo periodo, la proporción de ingreso acumulado por el 1% más rico de la población mundial no ha dejado de subir, mientras que el 50% que está en la base se ha estancado. El resto del mundo, que incluye a la gran mayoría de los estadounidenses, ha perdido terreno. La riqueza ahora se concentra hasta el punto de que un estimado de 11.5% del PIB mundial se encuentra en paraísos fiscales, libre de impuestos y rendición de cuentas. Las revueltas populistas de los últimos años eran una secuela previsible. Y los líderes estadounidenses son responsables de estos resultados, puesto que han encabezado un orden económico que pone en primer lugar al capital.

El presidente estadounidense Donald Trump se presenta como alguien que rompe con el modelo básico de la política exterior reciente de Estados Unidos. Muchos de sus detractores también lo ven así. En realidad, Trump ha continuado e incluso intensificado la agenda posterior a la Guerra Fría de sus predecesores: no escatima en gastos de hegemonía militar y deja lo menos posible para el clima de la Tierra o el bienestar de cualquiera que no sea rico. Trump destaca sobre todo porque describe su agenda como un engrandecimiento nacional y no como un liderazgo internacional de largo alcance. En este sentido, tiene razón.

La estrategia de Washington posterior a la Guerra Fría ha fracasado. Estados Unidos debería abandonar la cruzada por la primacía armamentista en aras de proteger el planeta y crear más oportunidades para más personas. Se necesita una gran estrategia a favor de las mayorías.

LA MÁQUINA DE LA GUERRA

Tanto los defensores como los críticos de la gran estrategia estadounidense después de la Guerra Fría han bautizado al proyecto como “hegemonía liberal”. Sin embargo, los objetivos y métodos siempre fueron más hegemónicos que liberales. Pese a divergir sobre si promover el liberalismo y cómo hacerlo, los formuladores de políticas públicas estadounidenses han coincidido durante casi 3 décadas en torno a la premisa

que postularon los planificadores del Pentágono en 1992: Estados Unidos debe mantener una superioridad militar tan abrumadora que disuada a aliados y rivales por igual de desafiar la autoridad de Washington. La superioridad rápidamente se convirtió en un fin en sí mismo. Al buscar la dominación en vez de meramente la defensa, la estrategia de la primacía precipitó a Estados Unidos a una espiral descendente: las acciones estadounidenses generaron antagonistas y enemigos, que a su vez volvieron más peligrosa la lucha por la primacía.

Durante la mayor parte de la década de 1990, los costos de esta estrategia estuvieron ocultos en cierto sentido. Con Rusia destruida y China pobre, Estados Unidos podía reducir sus gastos de defensa y expandir la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), lanzar intervenciones militares en la antigua Yugoslavia y, por primera vez, estacionar decenas de miles de tropas en el Medio Oriente, todo al mismo tiempo. Sin embargo, para finales de la década, el dominio de Estados Unidos había comenzado a suscitar reacciones. Osama bin Laden y su grupo terrorista Al Qaeda le declararon la guerra a Estados Unidos en 1996, señalando la presencia militar estadounidense en Arabia Saudita como su principal agravio; 2 años más tarde, Al Qaeda bombardeó las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, con un saldo de 224 muertos. Entre tanto, los formuladores de políticas públicas estadounidenses ya exageraban la amenaza que suponían los “Estados díscolos” débiles y preparaban ambiciosas intervenciones militares para promover la democracia y los derechos humanos. Estas patologías contribuyeron a que la reacción a los atentados del 11-s fuera tan militarizada, conforme Estados Unidos iba entrando en sucesivos conflictos en los que sus capacidades e intereses no excedían a los de los actores locales. El resultado fue una guerra sin fin.

Ahora, mientras Estados Unidos lucha por salirse del Medio Oriente, China se convierte en una potencia económica y política y Rusia se afirma como un obstructionista. Este resultado es exactamente lo que se suponía que la primacía iba a impedir. El surgimiento de un competidor casi de la misma talla no plantea por fuerza un grave peligro para Estados Unidos, cuya capacidad de disuasión nuclear lo protege de un ataque; sin embargo, aferrarse al sueño de la primacía eterna traerá problemas, exigirá la contención de los rivales y provocará inseguridad y agresividad. China tendría que enfrentar una campaña costosa para imponer un dominio militar en el Lejano Oriente, ya no digamos en el mundo, pero las acciones de Estados Unidos podrían empujarla en esa dirección.

EL PESO DE LOS COSTOS

La primacía no solo no ha proporcionado seguridad, en el sentido estricto del término; sino que también ha dañado el ambiente, socavado los intereses económicos de la mayoría de los estadounidenses y desestabilizado la democracia. Las fuerzas armadas estadounidenses consumen más petróleo y producen más gases de efecto invernadero que cualquier otra institución sobre la Tierra, según el Proyecto Costos de la Guerra de la Universidad Brown. En 2017, las emisiones de las fuerzas castrenses

estadounidenses excedieron a los países industrializados enteros, como por ejemplo Dinamarca o Suecia.

La primacía tampoco ofrece un beneficio económico neto. Entre las décadas de 1940 y 1960, la preponderancia militar de Estados Unidos agilizó el capitalismo internacional al contener el comunismo y facilitar la expansión del dólar, al que estaba sujeto el resto de las monedas. Sin embargo, después del colapso del sistema monetario de Bretton Woods y luego de la Unión Soviética, las monedas se volvieron flotantes y se integraron los mercados del mundo. Como resultado, el poder militar estadounidense quedó muy alejado del orden económico internacional. Hoy, el estatus del dólar estadounidense como moneda de reserva, que les permite a los estadounidenses obtener préstamos baratos, descansa en gran medida en un patrón de dependencia ya trazado, en la estabilidad de la moneda y la falta de alternativas atractivas, factores que ya no dependen de la proyección mundial del poder de Estados Unidos. Y la cruzada por la primacía ahora está llevando a Washington a erosionar su propia posición financiera, al sostener hostilidades innecesarias con Estados como Irán por imponerle sanciones que lo inmovilizan y obligar a terceras

partes que usan el dólar a imitarlo. Estas acciones han forzado a Estados europeos a buscar alternativas al dólar y han hecho que caiga la proporción de esa moneda en las reservas internacionales.

Las fuerzas armadas de Estados Unidos contribuyen al comercio mundial al proteger

*Estados Unidos también
tendrá que desmilitarizar
su política exterior.*

las rutas marítimas por las que transitan los bienes (incluido el petróleo). Sin embargo, esto no requiere una dominación trascontinental, sino socios locales eficientes que se ocupen de las labores rutinarias, apoyados por una presencia aérea y naval estadounidense ligera que puede reforzarse cuando no puedan vencer un ataque grave a la seguridad marítima. Sean cuales fueren los beneficios económicos que pueda cosechar indirectamente la primacía, lo cierto es que año tras año Estados Unidos gasta la mitad de su presupuesto federal discrecional en financiar unas fuerzas armadas que son más costosas que la suma de las fuerzas armadas de los siete países que le siguen en gasto militar. La inversión militar es una de las maneras menos eficaces de crear empleos; se ubica detrás de la reducción de impuestos y el gasto en educación, salud, infraestructura y energía limpia. Los aproximadamente 6.4 billones de dólares que llevan invertidos hasta hoy en la “guerra contra el terrorismo” habrían bastado para reconstruir todas las comunidades de Estados Unidos devastadas por la crisis financiera y la recesión que le siguió. Ahora, muchos miembros de esas comunidades están resentidos con las élites políticas que los dejaron desmoronarse.

La primacía también corroyó el sistema político de Estados Unidos, que a su vez ha producido líderes irresponsables al ejercer el poder de la primacía. Durante la Guerra Fría, la necesidad de contrarrestar a un adversario a veces servía para unificar facciones políticas y grupos sociales dispares en Estados Unidos. La cruzada por la

primacía posterior a la Guerra Fría ofrece un contraste perverso. Estados Unidos se granjeó un caleidoscopio de enemigos extranjeros, a los que los políticos y los medios de comunicación estadounidenses quieren que la población les tema y los castigue. No sorprende que en la segunda década de la guerra contra el terrorismo un demagogo haya sido capaz de utilizar la xenofobia como la premisa que lo llevó a la presidencia y acentuó la división del país.

CÓMO ARREGLAR LA GLOBALIZACIÓN

Los estadounidenses y sus líderes deben actuar de inmediato para romper la espiral descendente de la primacía. Esto no requerirá que se redefinan los intereses fundamentales de Estados Unidos: seguridad para el país y su población, prosperidad para todos y preservación de la república constitucional. Sin embargo, estos intereses deben estar relacionados con las realidades nacional e internacional de 2020, no con las de 1947.

Estados Unidos debería tratar de transformar la globalización en una fuerza gobernable y sostenible, una fuerza que proteja el ambiente, distribuya la riqueza equitativamente y promueva la paz. Semejante agenda uniría a sus habitantes y llevaría al país a alinearse saludablemente con el resto del mundo. El cambio climático afecta a todos, y dos de las muy pocas tendencias comunes a ambos partidos políticos son el creciente apoyo al progresismo económico y el profundo recelo con que ven las intervenciones militares. Una estrategia para transformar la globalización también trascendería el callejón sin salida actual entre el nacionalismo de “Estados Unidos primero” y la nostalgia por el “orden internacional liberal” liderado por Estados Unidos. El primero es implacablemente hostil (y perjudica a Estados Unidos pues lo define en oposición a los otros y no en términos de sí mismo y sus intereses). La segunda engloba los intereses estadounidenses en una vaga abstracción (y perjudica al mundo, al subordinarlo al liderazgo estadounidense). Un mejor planteamiento sería enfocarse en intereses específicos y en las amenazas mayores que auténticamente requieren una acción al otro lado de las fronteras.

La principal de estas amenazas es el cambio climático. Nada describe tan bien el retraso en las prioridades de Estados Unidos que el hecho de que Washington destine cada año al menos 81 000 millones de dólares a sus fuerzas armadas para garantizar una provisión abundante de petróleo barato en todo el mundo, según *Securing America's Future Energy*, un grupo en defensa de la energía limpia. Estados Unidos debería esforzarse por reducir la dependencia mundial de los combustibles fósiles en vez de acentuarla.

El mundo todavía tiene la oportunidad de evitar los trastornos climáticos más graves. Para preparar el camino, Estados Unidos debería usar su poder de mercado y su influencia internacional. En el nivel nacional, debería incrementar en gran medida la inversión en el área de investigación y desarrollo en el Departamento de Energía, imponer impuestos a los productores e importadores de combustibles que emiten carbono y ampliar los créditos para vehículos eléctricos y otros que consumen energías

renovables. Al mismo tiempo, para condicionar el acceso a su gran mercado de los fabricantes de autos del extranjero debería estipular una serie de normas oficiales ecológicas, parecidas a los requisitos a las emisiones de los escapes que el gobierno de Barack Obama impuso a los automóviles importados.

En el nivel internacional, Estados Unidos debería buscar resultados de más largo alcance que las normas de emisiones voluntarias establecidas en 2015 por el Acuerdo de París sobre cambio climático. Luego de reintegrarse al Acuerdo, Washington debería ratificar la Enmienda de Kigali al Protocolo de Montreal, que llama a limitar sustancialmente el uso de hidrofluorocarbonos, y debería insistir en que los organismos multilaterales de desarrollo, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, apoyen solo aquellos proyectos que lleven a reducir las emisiones.

Estados Unidos también debería convocar al mundo industrializado para que proporcionen tecnología y financiamiento a los países en desarrollo, con el fin de que dejen de usar combustibles fósiles. La coerción sería menos eficaz, y menos justa, que la entrega de ayuda. Washington puede arrancar esta iniciativa invirtiendo al menos 200 000 millones de dólares en el Fondo Verde del Clima de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y sometiendo a análisis una reducción de la deuda de los países del sur del planeta.

Un punto de fricción podría ser China, que emite, por mucho, más dióxido de carbono que cualquier otro país —más de un cuarto del total mundial—, pero también lidera al mundo en tecnologías energéticas de bajo carbón de producción masiva. La prioridad en las relaciones de Estados Unidos con China debería ser impulsarla a actuar con mayor conciencia ecológica, un objetivo que evitaría una política de contención al estilo de la Guerra Fría. Estados Unidos debería intensificar su ritmo de investigación y desarrollo para alentar a Beijing a que continúe innovando en tecnologías renovables y debería presionar para que implante estas tecnologías en su producción nacional de energía y en las prácticas de desarrollo internacional.

Una nueva estrategia de Estados Unidos no solo haría que la economía mundial cuide más el medioambiente, sino que también la democratizaría. Como argumentaron recientemente en *Foreign Affairs* (vol. 99, núm. 1) Joseph E. Stiglitz, Todd N. Tucker y Gabriel Zucman, el próximo Presidente de Estados Unidos debería lanzar una campaña para combatir la evasión mundial de impuestos, con la que se avalara la realización de un registro internacional para revelar a los verdaderos dueños de títulos y activos y se impidiera que las corporaciones transfirieran el dinero a subsidiarias en jurisdicciones con leyes fiscales laxas. Con estos movimientos se incrementarían aproximadamente 15% los ingresos impositivos de Estados Unidos. Habría más ingresos si se fijara un impuesto mundial mínimo que termine con las guerras de descuentos de los paraísos fiscales. Washington podría usar esos ingresos para beneficiar a los trabajadores estadounidenses durante la transición a una economía sin combustibles fósiles. De esta manera, se sincronizarían la protección ambiental, la justicia económica y la restauración de la confianza en el gobierno.

CÓMO TERMINAR GUERRAS ETERNAS SIN COMENZAR NUEVAS

Sin embargo, no será suficiente con poner las iniciativas ambientalistas y de democracia social en el primer lugar de la primacía militar estadounidense, en pos de la cual Estados Unidos se ha obligado de manera formal a defender a cerca de un tercio de los países del mundo (e informalmente varias docenas más) y a mantener un archipiélago de más de ochocientas bases en el extranjero. Washington también tendrá que desmilitarizar su política exterior. El primer paso sería terminar esta era de guerra costosa y contraproducente que comenzó con los ataques del 11-s. Estados Unidos debería retirar sus fuerzas aéreas y terrestres de Afganistán en el plazo de 12 a 18 meses e incluso antes, como lo hizo en Irak y Siria. Y debería regresar esas tropas a su país en vez de estacionarlas en otra parte de la región. Desde luego, tendría que negociar las mejores soluciones posibles para los conflictos locales y continuaría proporcionando asistencia a los gobiernos afgano e iraquí, con instalaciones y equipo apropiado. En todo caso, Estados Unidos tendría que retirarse aun si no se alcanzan acuerdos razonables para terminar los conflictos. Washington no tiene suficiente influencia para exigir lo que no pudo imponer en 2 décadas de guerra. Aunque la retirada podría generarles dificultades a los aliados y socios de Estados Unidos en el corto plazo, la región debe encontrar su propio equilibrio de poder para lograr la paz y la estabilidad.

Ninguna lógica estratégica justifica que continúe la guerra contra el terrorismo, que se perpetúa porque crea nuevos enemigos. Por lo tanto, un final rápido y definitivo sería lo mejor. Si ocurriera un ataque importante, Estados Unidos debe responder militarmente, pero con claras restricciones respecto de contra quién, dónde y por cuánto tiempo. Sus líderes deben hacer de la restricción una virtud política, y dejar claro que Estados Unidos derrotará al terrorismo, en parte, evitando los ataques indiscriminados que lanzan los militantes del otro lado para incrementar sus arcas y atraer nuevos reclutas.

Por consiguiente, el próximo presidente debería reducir drásticamente los llamados operativos de eliminación selectiva. Deberían suspenderse de inmediato los “ataques por características”, en los cuales se dirigen drones contra personas desconocidas, pero cuya conducta coincide con la de terroristas, porque dan en blancos insignificantes, matan a civiles inocentes y producen efectos adversos. Todo ataque con drones debería estar sujeto a una concepción más literal del concepto de “amenaza inminente” que la laxa definición aplicada por el gobierno de Obama y degradada por Trump. El Congreso, por su parte, debería reemplazar la autorización para el uso de la fuerza militar de 2001, que se promulgó luego del 11-s, por una versión mucho más limitada que permita al presidente ejercer la fuerza contra organizaciones específicas, en países específicos y en tiempos específicos, y prohíba los operativos letales contra todos los demás. El Congreso también puede disuadir al presidente de lanzar ataques ilegales si faculta a los tribunales federales de Estados Unidos para que revisen las demandas interpuestas por las víctimas.

Además de dismantelar la guerra contra el terrorismo, el país también debería ignorar a los rivales innecesarios, en especial los Estados débiles que no amenazan a Estados Unidos, salvo con su posición beligerante. Tomemos el ejemplo de

Corea del Norte. Washington debería abandonar la fantasía de que el régimen de Kim Jong-un va a desnuclearizarse completamente como resultado de la presión externa; más bien, debería tratar de normalizar las relaciones con ese gobierno y fomentar la paz en la península. Esto va a requerir un proceso gradual en el que Estados Unidos, junto con sus socios, revoque las sanciones y ofrezca asistencia para el desarrollo a cambio de que Corea del Norte acepte medidas de control de armas, como limitar su arsenal nuclear, detener las pruebas de misiles y otras acciones belicosas, y permitir las inspecciones de la ONU. Esta estrategia es la mejor manera de enfrentar la amenaza nuclear: restaría antagonismo a Corea del Norte y enmarcaría sus capacidades en sus verdaderas dimensiones. Además, no se correría el riesgo de que esto generara una proliferación nuclear en Corea del Sur y Japón, que llevan 14 años conviviendo con las capacidades nucleares de Corea del Norte. Aunque algunos se sientan tentados de condicionar la diplomacia nuclear a un mejoramiento de los derechos humanos, es probable que los abusos del régimen no disminuyan si se siente asediado.

Irán es otro enemigo que vale la pena abandonar. Estados Unidos debería terminar su ajuste de cuentas con la república islámica, levantar las sanciones y apearse de nuevo al Plan de Acción Integral Conjunto, el acuerdo nuclear que Washington y otras potencias negociaron con Teherán. Ese acuerdo demostró que la diplomacia con Irán es posible y es el método más eficaz para enfrentar tensiones bilaterales. La sed de venganza, que en el mandato de Trump parece guiar la política estadounidense hacia Irán, no es un interés legítimo estadounidense. De hecho, ningún interés estadounidense —ni siquiera el objetivo de impedir que Irán fabrique armas nucleares— justificaría una guerra contra Irán, dado que la diplomacia ha funcionado.

En el resto de la región, Washington debería conducirse según la máxima “ningún amigo permanente, ningún enemigo permanente”. Esto seguramente afectaría las relaciones con socios como Arabia Saudita y dejaría claro que ellos deben responsabilizarse de su propia defensa. Estados Unidos debe cerrar casi todas sus bases militares en la región. Con retener una o dos estaciones navales o aéreas, tal vez en Baréin y Catar, bastaría para lo que Washington necesita: tener la capacidad de garantizar el acceso a las aguas internacionales en caso de que surja una amenaza grave que los actores regionales no puedan manejar por sí mismos. En términos más generales, Estados Unidos deber dejar de actuar como partisano en disputas como la guerra civil de Yemen y el conflicto Israel-Palestina; utilizar la diplomacia sin tomar partido ayudaría más a resolver esas luchas.

CÓMO LIDIAR CON CHINA Y RUSIA

En los últimos 3 años, el gobierno de Trump y una flotilla de analistas de defensa han propuesto una estrategia de “competencia entre potencias”, que intensificaría la respuesta geopolítica con el fin de maximizar el poder militar de Washington. Precisamente, lo que se necesita es lo opuesto. La competencia entre potencias es inevitable, pero debería ser una consecuencia de intereses subyacentes, no algo

deseable en sí. Dado que Estados Unidos pretende ganarse la cooperación de China y Rusia para combatir el cambio climático y gobernar las finanzas mundiales, debería evitar rivalidades militares costosas y guerras destructivas de gran escala. Por lo tanto, Washington debería reducir significativamente su presencia militar preventiva tanto en Asia como en Europa, sin perder la capacidad de intervenir si alguno de estos poderes amenaza con volverse un hegemón hostil en su región.

Pese a la creciente alarma en Washington, China no está a punto de dominar por la fuerza el Sudeste Asiático. El Ejército Popular de Liberación creció en una proporción adecuada a la economía china y sigue dedicado a los asuntos locales: defender el territorio continental chino, ganar las disputas sobre pequeñas áreas fronterizas e islas y prevalecer en lo que China considera su guerra civil irresuelta con el gobierno de Taiwán. Un nuevo gobierno debe abandonar las reacciones exageradas de sus predecesores ante la expansión china. Con el fin de evitar un enfrentamiento serio en el mar de China Meridional, en donde Beijing tiene más intereses que Washington, Estados Unidos debe retirarse de las disputas marítimas jurisdiccionales y abandonar los operativos de libertad de navegación y vigilancia cerca de las islas disputadas. No vale la pena oponerse a China en estas cuestiones.

La posibilidad de que China se vuelva más beligerante si continúa acumulando poder es una preocupación legítima. Para afrontarla sin hacer nada que vaya a propiciar este mismo resultado, Washington debería fortalecer los sistemas de defensa de sus aliados en Asia, sin provocar a China. Estados Unidos puede proporcionar a sus aliados equipamiento militar de negación de acceso a una zona, como los sistemas antimisiles y de vigilancia que podrían obstaculizar cualquier ataque chino sin manifestar una posición ofensiva. Luego, podría replegar su armamento ofensivo. En Taiwán, un enfoque semejante permitiría alcanzar el viejo objetivo estadounidense de preservar un equilibrio pacífico: disuadir a China de invadir y al mismo tiempo desengañar a Taiwán respecto de que podría retomar sus aspiraciones independentistas con la ayuda militar de Estados Unidos.

Si adopta este enfoque, Estados Unidos todavía tendría tiempo de sobra para movilizar y desplegar sus tropas en caso de que China se torne beligerante. Por ahora, Washington debe pujar seriamente para lograr la cooperación de Beijing en sus objetivos centrales, en especial, el cambio climático. Tratar de contener a China sería un grave error, pues provocaría su enemistad y también que se destinaran recursos a una escalada militar en vez de a la cooperación ambiental. Estados Unidos debe priorizar el peligro actual de un planeta inhabitable sobre la perspectiva especulativa y manejable de un contendiente agresivo y en igualdad de condiciones.

También será necesario redefinir las relaciones de Estados Unidos con Rusia. Con una economía menor a la italiana, Rusia no es un aspirante creíble a la hegemonía en Europa y no representa una amenaza de seguridad para Estados Unidos. El hecho de que, según la encuesta Gallup realizada en 2019, la mayoría de los estadounidenses considere a Rusia como una “amenaza crítica”, es prueba de décadas de políticas fallidas, lo mismo por las provocaciones de Estados Unidos (la expansión de la OTAN y

las intervenciones ilegales) y la hostilidad rusa (que culminó en su intromisión en las elecciones estadounidenses de 2016). El próximo Presidente de Estados Unidos debería darle fin a este ciclo y practicar una política que respete lo que Rusia ha considerado siempre sus intereses vitales: preservar su régimen, impedir que se constituyan gobiernos hostiles en los Estados postsoviéticos y participar en las discusiones centrales de seguridad y diplomacia de Europa.

Puesto que estos objetivos se alinean con los intereses de Estados Unidos, Washington debería aplacar las preocupaciones rusas terminando con la expansión de la OTAN y rechazando la puja de Ucrania por participar en la alianza. Luego, en acuerdo con sus aliados, deberá comenzar a reducir las fuerzas estadounidenses estacionadas en Europa, dándose para ello un lapso de 10 años. La mayoría de estas tropas deben regresar a Estados Unidos, aunque algunas estaciones navales y aéreas podrían quedarse con la aprobación del país anfitrión. Además, Estados Unidos debería alentar a Rusia y Ucrania para que alcancen un acuerdo por el que Rusia deje de respaldar a los separatistas en el este de Ucrania, y Estados Unidos y Ucrania reconozcan a Crimea como parte de Rusia. Tal acuerdo permitiría que Estados Unidos levantara muchas de sus sanciones a Rusia y sentaría las bases para unas relaciones decentes.

Estas medidas, además de estar enraizadas en los intereses estadounidenses, servirían para tranquilizar a Rusia en temas de seguridad, mientras ambos poderes forcejean sobre el cambio climático y la corrupción financiera. Rusia depende de los ingresos del petróleo y el gas, y algunos rusos creen que su país, o al menos los territorios que se están descongelando, obtendrían beneficios comerciales si su temperatura se hiciera más cálida. Rusia también es un líder mundial en lavado de dinero y evasión de impuestos. Ninguna estrategia estadounidense va a apartar a Rusia de los petrodólares o la cleptocracia; sin embargo, si se minimizan los puntos de fricción, Washington propiciaría que Moscú atempere su resistencia a las campañas internacionales sobre el clima y las finanzas. Incluso, a la larga podría abrirse la puerta a intercambios mutuamente benéficos de investigación científica y transferencia de tecnologías verdes. Como mínimo, el repliegue militar estadounidense ayudaría a evitar que Rusia reaccione en forma desesperada y agresiva a la presión internacional.

LA DECISIÓN

Ha llegado el momento de decirle adiós a la época unipolar. Durante 3 décadas, Estados Unidos ha llevado su despliegue y sus compromisos militares hasta un punto límite. Su mala gestión de la globalización ha dejado a los estadounidenses comunes y el clima de la Tierra en una situación similar. Para corregir este curso, Estados Unidos debe tomar la decisión deliberada de retirarse militarmente; será lo mejor para tener un mundo habitable, gobernable y próspero.

Estados Unidos debe usar su poder e influencia para enfrentar los retos que las bombas y las balas no solucionan. Es labor para una gran estrategia en su sentido más amplio. Más aún, es labor para los políticos. Las mayorías deben exigir una gran estrategia para las mayorías, de modo que sus líderes persigan el bien común. 🌐